

Leg 8 P. 1^a

654

~~1^a B~~

Filosofía médica

p. 57

Deberes del médico en sus relaciones profesionales
con la mujer.

causam capere.

De rebus in iudicio et in arbitrio iudicis.

1559

**DE LOS DEBERES DEL MEDICO
EN SUS RELACIONES PROFESIONALES CON LA MUJER.**

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0654

HTCA
U/Bc LEG 8-1 n°654

1>0 0 0 0 2 9 2 5 6 1

DE LOS BEBES DEL MEDICO

EN SUS RELACIONES PROTECTIVAS CON LA NUTRICION

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0654

DISCURSO

LEIDO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO

D. DOMINGO VACA Y MESA,

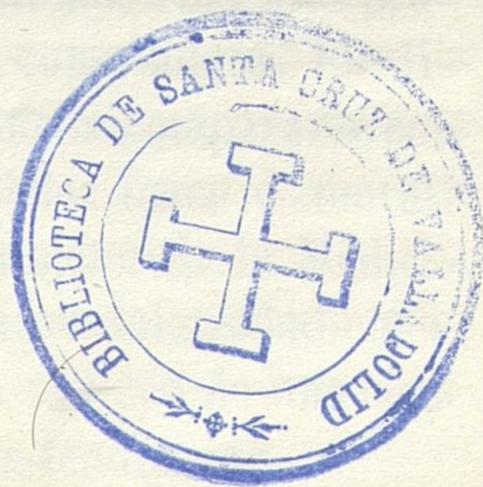
EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA

DE

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJIA.



MADRID.



IMPRESA DE JULIAN PEÑA.—CAVA ALTA, 44.

UVA. BHSC. LEG. 08-1 n°0654
Octubre de 1853.

DISCURSO

LEIDO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL LICENCIADO

D. DOMINGO VACA Y MESA,

EN SU SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA LICENCIATURA

DE

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJIA.

—



MADRID.

—
IMPRESA DE JULIAN PENA.— CAVA ALTA, 11.

—
UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0654

Excmo. é S^{to}. Sr.

Entre la inmensidad de conocimientos que abraza el saber humano , entre los numerosos ramos que le constituyen , descuella por su utilidad una ciencia tan necesaria como noble , tan respetable como benéfica ; la Medicina. Por lo elevado y grande de su objeto , por lo sagrado de la mision que la sociedad confia al hombre que la cultiva , al hacerle depositario del bien mas precioso de la vida , se comprende fácilmente que , para desempeñarla cual cumple á su dignidad , debe reunir el que á su estudio consagra la existencia , un conjunto de cualidades morales propias é inherentes á una ciencia tan digna y consoladora. Efectivamente. ¿Qué bien hay en la tierra que pueda compararse con la salud ? ¿Qué felicidad cabe al lado del dolor físico ó moral ? Ahora bien : siendo uno de los principales objetos de la Medicina , hacer desaparecer el dolor , ó disminuir su intensidad cuando no logra destruirle , creo demostrada la utilidad de una ciencia de tan sublime objeto y de tan laudables tendencias.

Empero la profesion médica impone un conjunto de deberes , una serie no interrumpida de obligaciones , las cuales exigen un sin número de cualidades , cuya sola enumeracion ocuparia mas tiempo del que me debo permitir en este dia. Por lo tanto me

abstendré de mencionarlas, y solo diré que hay autores célebres en todos los países, cuya ilustración y profundo saber ha desarrollado debidamente esta parte de las instituciones médicas.

El estudio de las ciencias médicas presenta al hombre pensador un vasto campo que no le es dado recorrer, por privilegiada que sea su inteligencia, por mucha que sea la duración de su vida. Ya era conocida esta verdad del célebre Hippócrates, el cual así nos lo demuestra en la primera parte de su primer aforismo: *Vita brevis, ars longa, experimentum periculosum, iudicium difficile.*

Si pues la Medicina abraza numerosos conocimientos, en conformidad con lo limitado de nuestra inteligencia; era preciso dividirlos en distintos ramos, que constituyen otras tantas especialidades, sin que por esto deje de ser la ciencia única é indivisible en su esencia. Entre estas especialidades sobresale una admitida ya por los médicos de la antigüedad mas remota, y que entonces como hoy merece ser objeto de un estudio profundo y detenido. Hablo *de las enfermedades propias de la mujer* y que independientemente de las que son comunes á los dos sexos, forman una patología especial. La asistencia del médico en estas afecciones le impone ciertos deberes, de cuyo fiel desempeño pende en cierto modo la salud de un sér interesante por todos conceptos.

De algunos de los deberes del médico en sus relaciones profesionales con la mujer, es de lo que me propongo hablar, Excmo. é Ilmo. Sr., apuntando solamente algunas ideas, cuyo total desarrollo compete á otras inteligencias mas privilegiadas que la mia.

Empezaré por manifestar algunos de los atributos físicos y morales de la mujer, y de la moral que le es propia, porque

esta manifestacion, siquiera sea algun tanto rápida, me conducirá fácilmente al objeto principal de mi discurso.

Examinada detenidamente la mujer bajo el aspecto físico y moral, representa un sér tan distinto del hombre, que solo se le asemeja en lo mas general de su organizacion. En las primeras fases de la vida de la especie hombre, parece quedar desmentido el ulterior designio de la naturaleza; el sexo está lijera-mente bosquejado; las formas no tienen caractéres diferenciales; las proporciones exteriores y la exagerada escitabilidad son tan análogas en los individuos masculinos y femeninos, como la rapidez de las digestiones, la celeridad de la circulacion y la frecuencia de los movimientos respiratorios: sus gustos, inclinaciones y necesidades se hallan sujetas á iguales determinaciones que el timbre de su voz. Lo mismo puede decirse de la susceptibilidad nerviosa, á la cual debe atribuirse que este período de la vida reciba el nombre de *crisis de la existencia*.

Pero no tardan en desaparecer estas semejanzas, y á medida que avanza el desarrollo, se graban en cada sexo un conjunto de diferencias, una variedad en sus instintos é inclinaciones, que nos impide confundirlos, por rápido que sea nuestro exámen y poco detenida nuestra observacion. Los niños eligen para su distraccion los ejercicios activos, los juegos que desarrollan su poder físico, á la vez que demuestran su mayor resistencia. Las niñas por el contrario, prefieren para su diversion los objetos domésticos, y sus juegos pacíficos, en armonía con su vida mas sedentaria, indican el destino y clase de trabajos que posteriormente deben desempeñar. El desarrollo físico y moral varía igualmente; se anticipa en las niñas la espresion de sus facciones; la gracia de las formas inherentes á su sexo, y mas notablemente su delicada escitabilidad y la facultad de sentir la impresion de aquellos agentes capaces de afectar á sus sentidos: su sagacidad y astucia aumentan del mismo modo, mientras que en el niño se hallan poco pronunciadas ó tal vez no existen.

Acércase la época de la pubertad y empieza la mujer á des-

empeñar las funciones propias de su sexo. Sus formas llegan á adquirir toda la perfeccion de que son susceptibles; sus facultades intelectuales se elevan al mayor grado; abundan en ella el tejido celular y los líquidos, á los cuales debe en gran parte la finura y delicadeza de su piel: en una palabra, vemos esta admirable obra de la naturaleza perfectamente acabada en los primeros veinte años de la vida.

Añadamos á estos atributos de la mujer, otro cuya manifestacion es tambien exterior y de un carácter especial; la escitabilidad orgánica. Ella dá lugar mas de una vez á padecimientos morales y físicos, pues sus sentidos todos están dotados de mayor perfeccion. Por su vista mas perspicaz, toleran menos la impresion de la luz intensa; por su mas esquisito oido, apenas sufren los sonidos fuertes; por su fino paladar y delicado olfato, experimentan con frecuencia trastornos graves é impresiones agradables ó desagradables bajo la influencia de los agentes sápidos y odoríferos.

En lo que hasta aquí llevamos espuesto sobre la escitabilidad orgánica de la mujer, nada hemos dicho de la matriz, de ese importante órgano, cuya influencia sobre el resto de su organizacion, ha sido considerada fundadamente como la de un segundo cerebro en la mujer. Oigamos lo que Diderot enseña sobre este particular estado de la mujer, en una descripcion tan sublime como espresiva. «La mujer, dice, alimenta en sí misma un órgano susceptible de borrascosos espasmos, que la manda despóticamente, y que escita en su fantasía ilusiones y apariencias de toda especie. En el delirio histérico, reproduce ó recuerda lo pasado, intenta vaticinar lo futuro y todos los tiempos la están presentes. Cuanto hay de extraordinario en sus ideas, emana del órgano propio de su sexo. La mujer histérica en su juventud, se hace devota en su mayor edad. La que conserva alguna energía en su mayor edad, ha sido histérica en su juventud. Su cabeza habla aun el lenguaje de los sentidos; cuando estos han enmudecido. Nada pues mas común en la mujer que

el éxtasis, la vision, la profecía, la revelacion, la poesía fogosa y el histerismo.»

Como quiera que sea, la escitabilidad orgánica de la mujer es muy superior á la del hombre. Sabemos que su imaginacion es con frecuencia herida por causas que, aunque poco enérgicas, producen el desórden de sus sentidos, la perturbacion de su ánimo y hasta el furor. Esta fácil exaltacion de la mujer, escede con mucho á la del hombre, como lo demuestran los trastornos políticos de todas las naciones, en las cuales siempre ha habido mujeres, que guiadas por sus sentimientos de compasion y de ternura, han llegado á precipitarse en los cadalsos, para librar los objetos de su cariño ó perecer con ellos.

Espresados ya los principales atributos físicos y morales de la mujer, creo conveniente y aun necesario para completar el lijero bosquejo que me he propuesto, decir algo acerca de su moral especial.

El origen de la formacion de las ideas, segun los filósofos antiguos y modernos, se debe á la sensibilidad física. Por ella se trasmiten al cerebro las diferentes impresiones que recibimos; y por esto la perfeccion de las ideas se halla en razon directa del desarrollo de la sensibilidad, de la cual son una verdadera irradiacion.

Previo este lijero razonamiento, y admitido, segun llevo dicho, que la sensibilidad física y moral de la mujer escede á la del hombre, y que sus irradiaciones son infinitamente mas perfectas, fácil me será demostrar su aptitud para las producciones del ingenio, para el estudio y para el cultivo de las ciencias. Efectivamente: su imaginacion es viva; su manera de espresar los afectos del alma, es sublime; su lenguaje fácil y fecundo; su percepcion, mayor y mas perfecta. Observados sus sentidos todos, los vemos dotados de ciertas cualidades que nos hacen admitir como mas completo su desarrollo. De todo ello se deduce, que las dotes espirituales de la mujer, están mas pronunciadas que en el hombre, y que su ingenio puede elevarse al mayor

grado de brillantez. A pesar de todo, se ha dicho por algunos que la mujer solo alimenta ideas superficiales; que sus propias impulsiones la dominan mas que el racionio y la reflexion; que sus juicios é ideas son determinados por la sola impresion orgánica; y que su organismo es demasiado débil y desprovisto del vigor necesario para el trabajo intelectual.

A primera vista parece cierta y fundada esta asercion; pero si la examinamos con algun detenimiento, veremos que solo es producto de una suposicion infundada, ó por lo menos de una mala apreciacion de las causas que motivan el general abandono en el cultivo del talento de la mujer. Así lo dicta la sana razon, y así lo comprueba la historia de todos los pueblos. Habiendo manifestado que es carácter peculiar del bello sexo, el poseer una esquisita sensibilidad, debemos admitir como resultado inmediato, que sus facultades perceptivas son tambien mas escitables. Ahora bien: ¿Qué circunstancias son necesarias para el desarrollo de los grandes ingenios? ¿Qué dotes morales y físicas adornan á la mayor parte de los hombres célebres, ya antiguos ya modernos? La sensibilidad exagerada; la rápida y completa percepcion de las ideas; la perfeccion de los sentidos todos: elementos suficientes para desarrollar en todo su vigor las facultades reflexivas, que pueden existir y existen realmente, tanto en el hombre como en la mujer.

Y no se cite como prueba contraria á mi aserto la debilidad física, porque tambien esta se ha observado en los hombres mas notables de todos los tiempos. Demóstenes era débil é inepto para el trabajo físico; Ciceron pusilánime en extremo; César, nacido en un pueblo guerrero y avezado al combate, padecia sin embargo accesos epilépticos siempre que se acercaba la hora de la batalla; el célebre Haller, en fin, padeció durante su vida continuos dolores de cabeza. Estos y otros ejemplos que pudiera aducir, prueban de una manera inequívoca que el vigor físico no es peculiar é inherente al desarrollo de los grandes ingenios. En todas las naciones del mundo, y en todas las

épocas de la vida humana, nos cita la historia bastante copia de hechos que immortalizan la gloria del bello sexo, por la fecundidad de su imaginacion y por la riqueza de sus producciones literarias, tantas veces demostrada.

No se crea, sin embargo, que trato de oponerme al sistema actual de educacion, porque así lo exigen nuestras costumbres y las instituciones políticas. Creo que la mujer es mas apta para las ocupaciones domésticas, y que su ilustracion es generalmente menos apreciada que su sencillez. Por esto la ciencia que debe cultivar, es la que tiene por objeto el conveniente desempeño de sus tareas, y la que inspira esos prolijos cuidados que debe prodigar á los tiernos séres, cuya educacion la es peculiar hasta cierta época de la vida, completando así el objeto de la noble funcion que desempeña.

Por esta lijera reseña de los atributos físicos y morales de la mujer, se comprende fácilmente que la perfeccion de sus sentidos y su esquisita sensibilidad constituyen un tesoro de cualidades, que la hacen interesante por tantos títulos. Pero estas mismas cualidades y su sensibilidad exagerada, son el origen de una multitud de enfermedades de carácter especial, á las cuales debe el médico consagrar esmerada atencion y profundo estudio. El célebre Zimmermann en su libro *De la experiencia* nos dice: «La suerte de la mujer es mas de deplorar que la del hombre; y por esto el médico debe dedicarse con preferencia al estudio de sus enfermedades en todos los períodos de su vida: ya como solteras ya como esposas y madres.»

Temo, Excmo. é Ilmo. Sr., estraviarme del principal objeto de mi discurso, y por este motivo voy á esponer algunos de los deberes del médico en la asistencia á los padecimientos de la mujer.

Esta cuestión pertenece al dominio de la *moral médica*; parte importantísima de la Medicina, que prescribe al profesor de la ciencia de curar un crecido número de preceptos, una serie de obligaciones algun tanto diversas de las que deben observar los demás hombres constituidos en sociedad. El estudio detenido y la observacion de estos deberes, compete al médico y le conduce á ennoblecer su arte; haciéndolo vivir para todos mas que para sí mismo, y sacrificar su reposo, su salud y hasta su existencia en bien de sus semejantes, si así lo exigen los deberes profesionales. No es en verdad el deseo de gloria; no es la adquisicion de bienes de fortuna, lo que debe guiar al médico en el ejercicio de su profesion. Su objeto es mas sublime, mas elevado; la abnegacion ha de ser siempre el norte de su conducta y la única senda que le está trazada, cuando presta al hombre los auxilios de su arte bienhechor.

En todos los casos y circunstancias debe manifestarse el profesor cuidadoso y asíduo, para grangearse las simpatías del enfermo: pero estos cuidados y asiduidad deben ser mas esmerados en la asistencia de la mujer enferma, porque es mas sensible al dolor, y porque su perspicacia y finura de tacto la manifiestan la parte que toma el corazon del médico en el padecimiento que la aflige. Si quiere demostrar la eficacia de su arte consolador y benéfico, es preciso que use un lenguaje dulce y afectuoso; que se halle poseido del dolor que trata de disipar con sus auxilios, evitando cuidadosamente inspirar temor ó desconfianza. Solo así logrará hacerse dueño de la voluntad de quien le considera como el mejor amigo, al paso que sus mentidos cuidados y su fingimiento, aunque sea muy estudiado, producirán un resultado contrario al móvil que los dicta. La mujer enferma se halla por otra parte dispensada de sus atenciones habituales, de los cuidados propios de su sexo, y esto hace que su vida afectiva se exalte, que su perspicacia aumente respecto del estado de salud. El médico que á costa de su asiduidad logra hacerse digno y merecedor del aprecio de sus enfermas, se

verá mas de una vez elogiado por quien llega á considerarle como el único depositario de la salud y aun de la vida , como el solo conocedor de sus misteriosos arcanos. No habrá quien posea su sagacidad para el convencimiento del mal; ningun otro le igualará en amabilidad y dulzura.

Reconocida siempre la sensibilidad de la mujer como una de las causas mas abonadas para el desarrollo de ciertos males, es natural admitir en ella una predisposicion morbosa que se ha llamado *histerismo*. Comprendemos en esta palabra la mayor parte de los desórdenes nerviosos, que con demasiada frecuencia padece el sexo débil, constituyendo una verdadera enfermedad, que llena de dolor y amargura todos los dias de su delicada existencia, y que pone en compromiso la tranquilidad de las personas que la rodean. El célebre Frank en su *Tratado de patología interna*, manifiesta esta verdad de un modo conciso y claro: «¿Se puede encontrar, dice, algun hombre mas desgraciado que el esposo de una mujer histérica? No: á no ser que funde su felicidad en las inconsecuencias de su cara consorte.» Semejante enfermedad debe redoblar nuestros cuidados y nuestra eficacia; pero es preciso no olvidar que, como hija de la sensibilidad exaltada, se observará mas de una vez producida por el artificio, simulada con una habilidad que á veces confundirá al médico, por mucha que sea su pericia y práctica en conocer y tratar dolencias de esta naturaleza. Entonces no vacilará en combatir el mal, si le considera independiente de la voluntad, como lo es en muchos casos, oponiendo los medios que en su buen juicio considere capaces de destruir los síntomas que él mismo presencia.

Que la mujer se vale de estos recursos, es cosa sabida de todos; pero no lo es igualmente que las que esto hacen, no solo malgastan el tesoro de su sensibilidad, sino que con frecuencia se esponen á padecimientos graves, cuyas consecuencias son tan funestas, como difíciles de remediar. Los accidentes histéricos pueden ser simulados por mas o menos tiempo, segun los de-

seos de las mujeres: pero téngase entendido que llegan á constituir un hábito morboso, que lejos de pertenecer al dominio de la voluntad, está á su pesar dominado por ellos. El médico que carece de la suficiente energía para sobreponerse á estos artificios, que los atiende cuidadosamente, oponiendo remedios mas ó menos poderosos, desconoce el objeto de su ciencia y tal vez llega á ridiculizarla.

Las relaciones profesionales con la mujer suministran numerosos casos, en que la tolerancia del médico tiene sus límites. Trátase á veces de desvanecer los vestigios que la edad imprime en la fisonomía: trátase de contrariar las leyes de la naturaleza, y lo que es mas aun, de disimular las alteraciones físicas producidas por una conducta poco arreglada; en tales casos, si es consultado el profesor, deberá desechar semejantes pretensiones; siendo este solo proceder el que cumple á su dignidad y al decoro de su clase.

Además de la asiduidad y cuidado que debe tener el médico en la asistencia de la mujer enferma, además de su solicitud y eficacia, debe poseer otras cualidades que, no solo están en armonía con lo elevado de su mision, sino que tambien son de necesidad absoluta para el debido desempeño de su cargo. La circunspeccion y reserva constituyen dos dotes inherentes al ejercicio de la Medicina, que el profesor nunca debe olvidar, pero este precepto general es de mas rigurosa observacion en las relaciones científicas con la mujer. En la asistencia de sus enfermas debe atender el médico de una manera especial á los respetos que el pudor exige. El proceder observado por los médicos de todos los tiempos, demuestra claramente la utilidad de este último precepto. Hippócrates en su juramento le considera como riguroso: Galeno le recomienda tambien: Burdach dice que en la China se examina el pulso de la mujer, asiendo la estremidad de un hilo cuyo cabo opuesto le tiene la enferma rodeado á su muñeca. Frank aconseja que no se estreche el brazo de la mujer al explorar el pulso. Estos preceptos manifiestan

la discrecion que debe tener el médico en sus relaciones profesionales con la mujer; pero no le autorizan para omitir las exploraciones necesarias al conocimiento del mal, porque de hacerlo así, incurriria en una responsabilidad todavía mas grave.

Si en todas circunstancias no deben olvidarse estos preceptos, mucho menos lo deberán ser tratándose de las enfermas jóvenes. Entonces la circunspeccion y reserva por parte del profesor deben ser mayores, sobre todo cuando la enfermedad pueda ser debida á causas que les interese ocultar. En estos casos debe abstenerse el médico de dirigir ciertas preguntas, que además de que difícilmente serían contestadas segun correspondiera, podrian producir en el corazon de la jóven paciente el desarrollo prematuro de ideas ignoradas y acaso perjudiciales. Para el cumplimiento exacto de los deberes que la profesion impone en este caso, deberán recogerse los datos necesarios al conocimiento preciso del mal, por medio de las personas mas interesadas, que á la vez que puedan ilustrarnos, posean el discernimiento necesario. Debe tambien evitar entonces el médico toda especie de curiosidad intempestiva, que le haria perder justamente la confianza que la sociedad le dispensára.

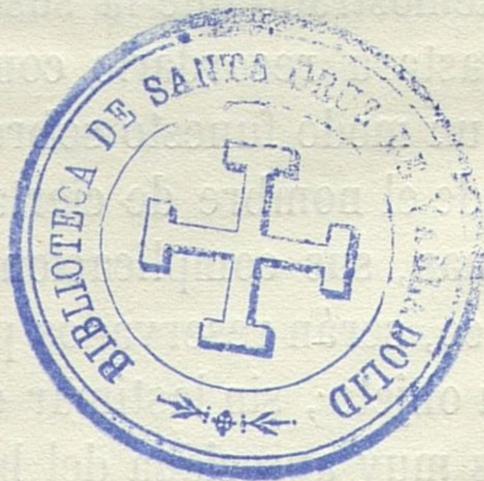
Examinados los deberes profesionales en cuanto tienen relacion con el pudor de la mujer, fáltame decir algunas palabras sobre los que se refieren á la susceptibilidad. Anteriormente hemos demostrado que la susceptibilidad de la mujer es exagerada. Bastará recordarlo constantemente, para evitar cuanto obre de un modo funesto sobre su organizacion y sobre su moral. Desde el nombre de ciertas enfermedades hasta el curso de las mismas, sus complicaciones posibles, y principalmente el pronóstico, serán reservados por el médico, que tratará de llegar á su objeto, sin lastimar esa susceptibilidad. Esta circunstancia es muy apreciada del bello sexo.

El cumplimiento exacto de los deberes que llevo espuestos y la propension al padecimiento que se observa en el sexo débil, son el origen de un dominio especial que todo médico consi-

que ejercer en el corazón de la mujer que le considera depositario de una ciencia tan consoladora como eficaz. La mujer tiene entre sus afecciones una que las absorbe todas y á la cual debe el médico atender con preferencia. Es bien sabido que el cariño es la pasión dominante de la mujer; pues esta pasión llega á su apogeo, cuando se refiere á sus hijos enfermos. Entonces no puede el corazón de la mujer ocultar ese sentimiento, porque aun á pesar suyo, lo revela su llanto y su ansiedad. Por esta razón debe incluirse entre los deberes del médico en sus relaciones profesionales con la mujer, la atención y respetos que son debidos á la ternura maternal, sin olvidar los cuidados generales y solicitud debida al sugeto y á la enfermedad. La observación de este precepto no solo conducirá al médico á respetar las exigencias del amor materno, sino tambien le hará digno de un reconocimiento eterno, justa recompensa de sus continuados desvelos.

Creo haber manifestado sucintamente los deberes mas importantes del médico respecto de la mujer enferma, aquellos cuya observación es mas trascendental para la acertada práctica de la ciencia. Podria y deberia ser mas estenso en tan importante asunto, pero la benévola atención del ilustrado Claustro que me escucha, exige que no le moleste mas. ¡Ojalá, que sus deseos y los vuestros, Excmo. é Ilmo. Sr., hayan quedado satisfechos!

He dicho.



UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0654